

LO PURO Y LO IMPURO

Al comenzar el capítulo 11 iniciamos la tercera sección del libro. Luego de abordar los sacrificios y las ofrendas que el pueblo debía presentar (cap. 1-7) aparece la instrucción acerca del sacerdocio, su ministerio y su consagración (cap.8-10); allí además se instruye a los sacerdotes a estar con plena consciencia (tenían prohibido beber alcohol) debido a que ellos debían distinguir entre lo puro y lo impuro, lo santo y lo profano. La comprensión por parte del pueblo acerca del contacto con lo inmundo y de su resultado, la impureza, lo preparaba para reconocer la necesidad de purificación permanente que se introduce con el establecimiento de la ceremonia anual del capítulo 16 que se conoce como el Día del Perdón (*yom kippur*) y que estudiaremos en la próxima lección.

Las palabras limpio e impuro son muy frecuentes en este libro bíblico pues, de las 132 veces que aparece el término “inmundo” en el Antiguo Testamento, el 50% aparece en Levítico y la palabra “limpio” aparece 72 veces (más de 1/3 de todo el Antiguo Testamento). Al pasar al Nuevo Testamento encontramos que Jesús tuvo controversias con los escribas y fariseos respecto al asunto que dividía aguas y se había arraigado profundamente en la tradición judía religiosa al punto de denostar a judíos en condiciones de impureza y a todos los gentiles. En la mente hebrea, la pureza e impureza se relacionan con la santidad y ésta con la posibilidad de acercarse al Señor en su santuario. El estado de impureza física sin solución separaba a la persona no sólo del santuario, sino de su propia familia y sociedad.

LA IMPUREZA ALIMENTARIA Levítico 11:1-47

Todo el capítulo está dedicado a legislar qué animales se podían considerar limpios y por lo tanto comestibles. La impureza alimentaria es el asunto más conocido por los lectores de la Biblia ya que fue un tema muy discutido en la iglesia primitiva cuando los apóstoles tuvieron la libertad de comer alimentos prohibidos por la ley mosaica (Mc. 7:1-9). La lista de animales se basa en una división similar al Génesis 1: los que habitan la tierra, el agua y el aire. Hay dificultad en reconocer el nombre de todas las especies mencionadas que varían según la traducción utilizada (recordar que son palabras hebreas antiguas y quizá incluyó especies ya extinguidas). Dios describió cuáles debían aceptarse y cuales rechazarse como alimento y no hay un criterio “evidente” porque muchos animales clasificados como inmundos son buen alimento y culturalmente comestibles como el cerdo, conejo, pato, etc. Aunque varios estudiosos quisieron hallar una explicación higiénica (evitar enfermedades) o ceremonial (animales que se sacrificaban en cultos paganos), no es posible sostener estas reglas ya que Jesús eliminó la prohibición sin que cambiara la tecnología alimentaria y ciertos animales limpios se presentaban como

sacrificios paganos (como en 1 Co. 8). Las categorías más bien fueron arbitrarias ya que sólo podían comer animales: a) con pezuña hendida y que además fueran rumiantes; b) con aletas y escamas; c) aves no carroñeras e insectos voladores y saltadores a la vez.

La mitad del capítulo (vs. 27-47) explica que tocar un animal impuro o su cadáver era contaminante, pero da una solución sencilla: consistía en lavarse y lavar todo utensilio contaminado y al día siguiente la persona recuperaba su pureza. Es interesante que todo animal limpio, al morir contaminaba. Así que, si alguien lo sacrificaba para comer, debía seguir el rito de la purificación (ver Lv 11:39-40). El único alimento animal que no se consideraba impuro era el que se sacrificaba en el templo a mano de los sacerdotes y cuya grasa se ofrecía como ofrenda a Dios, por ej: las ofrendas de paz (ver Lv 3).

Impureza y santidad personal

Según este pasaje, el pueblo escogido debía “aborrecer y rechazar” lo impuro porque Dios así lo disponía. No había posibilidad de juzgar por ellos mismos qué animal podía ser comestible o no (ver Lv 11:44). Esto nos recuerda la primera prohibición en el huerto: no debían tomar el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Esta prohibición no se relacionaba con el aspecto o la calidad nutritiva del fruto, sino que estaba vedado y debía ser rechazado porque Dios así lo había dispuesto (ver Gn 3:6).

Una vez más hallamos que esta división entre animales puros e impuros no inicia con Levítico, sino que se halla previamente en la Palabra: Noé conocía esta división (ver Gn 7 y 8) y sabía que al Señor se le debía presentar holocausto con animales puros. Pero ahora estos términos no sólo se relacionan con la adoración, sino con los hábitos personales (en este caso alimenticios). En la medida que avanzamos en la historia de Israel, descubrimos que sus profetas comienzan a pregonar que la impureza no sólo se relaciona con aquello que viene del exterior, sino que aparece como una condición interior (ver Sa 19:9; 51:10; Is 6:5, Ez 36:24-27). Es a esta condición interior que apunta todo lo enseñado con la santidad que el pueblo debe buscar y que retoma el Señor Jesucristo en su ministerio.

La dieta y las etapas bíblicas

Cuando observamos un cambio en la orden divina respecto de un tipo de alimento, estamos frente a un cambio en los tiempos de la revelación y en el trato que Dios tiene con su pueblo: ver Gn 1:29-30, Gn 3:1-7 con Gn 9:3. Cuando Daniel fue entregado al exilio junto con sus compañeros, decidió mantenerse puro en cuanto a su dieta aún en tierra extranjera (Dn 1:8) y Dios bendijo esta decisión, pero en el tiempo de la iglesia Pedro debió aceptar la decisión divina del cambio de hábitos dietarios, ya no había distinción entre hebreos y gentiles (Hch 10:14-16 con Ro 14).

LA IMPUREZA FÍSICA Levítico 12:1 al 15:32

En prácticamente todos los casos de impureza definidos por Dios en estos capítulos, quien es declarado impuro NO es responsable de su condición ya que se trata de la fisiología natural, de los actos humanos relacionados con la reproducción sexual o de enfermedades de la piel que se contraían involuntariamente. En todos los casos se le prohibía a la persona participar del culto, ofrecer sacrificios e ingresar al Tabernáculo y era obligada a vivir “fuera del campamento”.

Enfermedades de piel Levítico 13 y 14

En los cap. 13 y 14 se describen las enfermedades graves de la piel, se explica cómo identificarlas y cómo el enfermo recuperado debía ser declarado limpio. Aunque se utiliza la palabra “lepra”, las condiciones de la piel relatadas eran muchas más que la enfermedad provocada por la bacteria de la lepra; en general eran “enfermedades infecciosas de la piel” visibles, persistentes y contagiosas. Pero, la preocupación principal no era curar al individuo, ni proteger la salud pública, sino proteger la santidad de la morada de Dios en medio del campamento (ver Lv 15:31, Nm 5:3, Dt 23:14).

Todo elemento declarado impuro (incluso una casa) debía ser purificado o destruido (lavado en agua, destruido o quemado al fuego). Las personas en cambio sufrían la humillación y el aislamiento (Lv 12:4, 13:4, 14:8, 15:4-12). El cap. 14 trata con el ritual de purificación de aquellos que se curaban y el sacrificio por el pecado que debían presentar. Jesús indicó a los leprosos que sanó presentarse al sacerdote con el propósito de ser declarados puros según estos ritos levíticos (ver Lc 17:11-19).

Secreciones humanas Levítico 12 y 15

Toda madre que da a luz eliminará los “loquios” propios de la gesta, se llama así a la pérdida vaginal de sangre que suele durar un período mayor que el de una menstruación normal. Esta pérdida en sí misma era considerada el instrumento de su purificación y resulta llamativo que Dios estableciera el doble de período de purificación si nacía una mujer (quizá un recordatorio de la participación de Eva en la caída y del juicio sobre todas las mujeres desde entonces ver Gn 3:16).

Las secreciones de la vía sexual eran causa de impureza tanto si eran fisiológicas como si resultaban de una enfermedad (flujo prolongado o anormal) fuese mujer o varón. Tanto por concebir como por tener secreciones anormales, las personas debían presentar una ofrenda por el pecado (se infiere que hay un pecado que expiar).

La desnudez humana fue causa de vergüenza recién cuando el pecado ingresó al corazón (ver Gn 3:7-8); por consecuencia esa desnudez necesaria en las relaciones sexuales es

considerada desde la caída como una condición que ofende al Señor (tanto Adán y Eva como el propio Dios fabricaron coberturas para cubrir esa vergüenza). Desde Éxodo 19 leemos que el pueblo debía presentarse ante el Señor evitando estar contaminado y eso incluía la relación sexual entre esposos o la vestimenta indecorosa de los sacerdotes que oficiaban en el altar (Ex 19:14-15, 20:26, 28:42-43). Las normas del Levítico cumplían un propósito importante al separar el sexo del culto religioso (combinación común en los cultos paganos, ver Nm 25:1-9) y los israelitas ya habían caído en ese pecado de incluir orgías con la adoración al becerro (Ex 32:25). Los israelitas no podían tener relaciones durante el Sabbat porque esto los impurificaba impidiéndoles participar del culto en el cual debían estar enfocados. En el Nuevo Testamento Pablo da consejos a los matrimonios que decidían abstenerse de relaciones para disponerse a la oración y ayuno, y esto se recomienda porque tanto la intimidad sexual como la intimidad espiritual idealmente deben comprometer el cuerpo, el alma y el espíritu (1 Co 7:5); cada momento de intimidad tiene su lugar y el creyente puede y debe disponer de ambos separadamente.

La contaminación involuntaria

¿Por qué una persona debía sufrir aislamiento por algo que no había buscado voluntariamente? ¿Por qué al dar a luz se debía ofrecer un sacrificio por el pecado? Seguramente estas fueron las preguntas que se hizo aquella sociedad al pie del monte Sinaí. Y la respuesta (no es siempre comprendida) es que la caída del hombre trajo caos y sufrimiento a TODA la creación. Desde entonces toda persona nace en condición de pecador y por esto peca. De una u otra forma, toda la sociedad a lo largo de la historia ha sufrido las consecuencias (sean físicas, emocionales o espirituales). David entendió esta condición inherente a la raza humana cuando pidió a Dios ser lavado y purificado en su interior (Sa 51:1-7).

Las leyes de impureza fueron las herramientas instructivas de Dios para enseñar a los israelitas las verdades fundamentales de la fe, en este caso la “depravación total del ser humano”. ¿Por qué debo ser impuro por algo que no causé? Porque heredé la condición pecaminosa de mi antepasado Adán (Ro 5:12-21). Por causa del pecado hasta la maternidad produce “sufrimiento” y las relaciones sexuales dentro del matrimonio pueden estar distorsionadas o experimentarse como un displacer. De igual modo, toda enfermedad no buscada es una muestra de que nacimos y vivimos en un mundo caído. Hasta los animales y los ecosistemas (que no poseen conciencia moral ni fueron los que pecaron contra Dios) sufren la consecuencia del pecado humano (Ro 8:18-20).

Hay una conclusión MUY importante para el israelita con estas leyes de impureza: La Ley podía declarar impura a una persona, pero no podía purificarla. El sacerdote podía declarar a alguien impuro o limpio, pero NO podía remediar la situación. Solamente con la

venida de Cristo quien inauguró el Nuevo Pacto, la condición de impureza y la maldición de Adán serán remediadas definitivamente.

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN:

- *Las leyes levíticas de impureza apuntan a una condición espiritual que atraviesa a todos los corazones*
- *Dios estableció reglas particulares para quienes debían acercarse a su presencia en medio del campamento. Todas apuntan a la santidad que debe tener quién desee acercarse a Su presencia*
- *El pecado de los primeros padres engendró a toda una humanidad depravada en su interior, el deterioro físico es sólo una consecuencia del estado espiritual de toda la raza humana*
- *El error de los fariseos y escribas en la época de Jesús fue considerar la impureza como una cuestión exterior (Mc. 7:20-23)*
- *Jesús en su ministerio buscó especialmente a los considerados impuros, de esta manera la purificación que la Ley no podía realizar (sólo pronunciar) se realizó de UNA VEZ por todas en su acto expiatorio en la cruz (Tito 3:5-6)*
- *Las consecuencias del pecado todavía no han sido completamente eliminadas. Hoy podemos ser liberados del poder del pecado, pero en la glorificación seremos completamente separados de la presencia del pecado cuando no habrá más enfermedades, guerras, muerte ni aflicción (Ap 21:4, 25-27)*

©Alejandra Lovecchio de Montamat
lovecchioalejandra@gmail.com